

Moonlight Troll

La Luna brillaba mecida por el frío del aire, soñando... Sobre la copa del árbol más alto del bosque, con los pies de puntillas y encorvado hacía delante estaba el Troll saboreando la noche. El silencio era la voz de la Luna y aquel ser.

Un día, mientras la luz del día se retiraba lentamente del mundo, el Troll permanecía en su forma de piedra. Oyó con sus largas orejas un respirar irregular y entrecortado. Quiso ir a ver que era pero aún no había caído la noche y no podía moverse. Sentía el retumbar de unas pisadas apresuradas. Finalmente el sol se escondió tras las hojas y el ser quedó libre. Un ciervo huía de un cazador, el animal tenía una herida en el costado que le hacía sangrar mucho, salpicando la hierba como el pincel de un pintor. Ya no podía más, se desplomó. Los pasos sonoros del cazador se aproximaban cada vez más, pero cuando llegó a dónde se había caído el ciervo ya no había nada. El hombre buscó durante media hora más pero no encontró nada y se fue. El Troll llevó el cadáver del ciervo a un claro donde el suelo parecía de color blanco a causa de las estrellas; lo enterró allí y sobre la tierra removida puso una ramita que se asemejaba a la forma de los cuernos del animal.

Era un ser enorme, por los menos de tres metros de altura, con un largo cuello y unas manos enormes y muy fuertes, su piel era verde y grisácea, unas orejas puntiagudas y largas y una nariz chata; su pelo, blanco, parecía una capa de nieve y sus ojos eran negros con un brillo azul en el fondo. Aunque era enorme no producía ruido alguno al moverse entre los árboles. Cuando acabó de darle sepultura a aquel pobre animal volvió a su claro de bosque, donde protegía a una rosa blanca que había germinado en el centro mismo del bosque. Aquella rosa llevaba allí cientos de años, desde que el primer brote del bosque naciera. El ser se acercó a las amplias hojas de los matorrales circundantes y con sus manos recogió las gotas de rocío hasta formar un charquito en la palma de su mano. Para después regar cuidadosamente a la flor blanca. Luego se aseguró de que ningún humano morara cerca y trepó a lo alto del árbol más ancho y más elevado que allí había. Escalaba las ramas intentando que ninguna se rompiera y después, cuando llegaba a la cima, se acuclillaba en la copa y miraba durante casi toda la noche a la Luna y a las estrellas, aunque a estas últimas no les prestaba demasiada atención.

De tan embelesado que estaba no se dio cuenta que iba a ser de día, bajó corriendo, saltando de rama en rama porque tenía que transformarse en piedra de tal modo que cuando lo hiciera, la posición que debía adoptar protegiera a la rosa blanca; así lo había hecho cada día desde hacía mucho tiempo. Los rayos amarillos ya le habían empezado convertir su brazo en pesada piedra. En segundos el sol le iba a dar de lleno. No tenía tiempo. Saltó tan alto como pudo y aterrizó chocando contra el suelo sin perturbar a la flor. Sus piernas ya se habían endurecido. Se arrastró como pudo, hasta proteger por completo a la rosa. El sol brillaba más que nunca.

—Venga, Martín, hay que encontrar al jodido ciervo.

—Sí papá...

El niño jugueteaba con la cantimplora que colgaba de su cuello mientras intentaba seguirle el ritmo a su padre. Al pasar por delante del Troll petrificado el niño se lo quedó mirando.

—Qué cosa más curiosa ¿eh?—dijo el cazador. Se bajó la bragueta y empezó a mearse encima de la estatua—Uf, no podía aguantarme más. ¿No tienes ganas, hijo?

—No, no tengo ganas...

La rosa había quedado salpicada de pis. El hombre se subió la bragueta y miró a su hijo.

—Esto, dentro de poco serán pisos. Más vale que encontremos al ciervo pronto—dijo mientras se iba.

El chico siguió mirando la estatua y advirtió la rosa blanca que había debajo del torso del Troll. Desenroscó el tapón de la cantimplora y vertió un poco de agua sobre la flor, después intentó limpiar también las manchas de pis de la piedra. Su padre lo llamó desde lejos y Martín se despidió silenciosamente de la estatua. No encontraron ningún ciervo.

Con la oscuridad el Troll recobró su movilidad y se apresuró a regar a la rosa blanca para quitarle cualquier sabor u olor a orina. La Luna parecía más grande que nunca, cualquiera habría dicho que la noche era blanca en vez de negra. El ser del bosque alzó su largo cuello y miró el cielo.

—¿Por qué a los humanos, Luna?—preguntó con una voz profunda e inocente.

Nadie le respondió. Él comprendía que los animales pudieran moverse bajo la luz del sol, eran criaturas nobles que respetaban el bosque, pero ¿por qué los humanos podían moverse bajo el sol?

—¿Por qué ellos sí y yo no, Luna? No es justo...

—Ellos tiene una vida muy corta, mi Troll—respondió una voz cristalina y femenina—. Tienen que aprovecharla bien.

—¡Y por qué mi rosa no se puede mover ni de día ni de noche!

—Ella es como yo, vivirá para siempre.

La Luna no volvió a hablarle nunca más. Subió a su árbol preferido y se quedó reflexionando hasta que empezó a ver una luz en el horizonte. Bajó calmadamente, pues la luz aún estaba lejos. Al llegar a la rosa blanca, vio que los pétalos de esta se estaban volviendo grises y se marchitaban. Unas luces rojas y un calor agobiante empezaba a rodear su claro de bosque. Lenguas de fuego pasaban de rama a rama y de árbol a árbol. Todavía tenía unos minutos de oscuridad, calculó. Desenterró tan delicada y rápidamente como pudo a la rosa y salió corriendo del bosque; Oía las vocecillas aterrorizadas de los pájaros huyendo y los gritos de desesperación y dolor de los animales a los que había alcanzado el fuego. Intentó llevarse consigo a algún animal pero no consiguió salvar a nadie a parte de su querida rosa. Nada más llegó al límite del bosque vio que ya era de día, él estaba al abrigo de la sombra de unos árboles. Las llamas cada vez estaban más cerca. Pegó un gran saltó y se alejó todo lo que pudo del bosque. Instantes después de caer al suelo ya era todo de piedra. Por suerte la flor estaba ilesa. Tuvo que ver, inmóvil, como su bosque se iba reduciendo a cenizas y como pétalo a pétalo su rosa blanca se marchitaba y se tornaba negra. No podía llorar, sus ojos le eran inútiles... Sintió una colera inmensa. Más tarde, observó como unos hombres llevaban unos aparatos extraños que disparaban fuego. Debían ser de la ciudad de al lado... Minuto a minuto la rosa fue perdiendo la blancura de antaño hasta quedar completamente negra. El Troll peleaba desde su forma inmóvil para mover ni que fuera un poco un dedo pero no conseguía nada. Intentaba desencajar la boca y ponerse a gritar, insultar a aquellos humanos pero no podía salir ninguna nota de aquellos labios. Poco antes de la partida del sol los hombres se fueron, dejando un bosque de cerillas quemadas a su paso. La Luna todavía no osaba salir, persistían los últimos rayos abrasando su piel dura.

Un grito inmenso y profundo partió la noche en dos. Un grito triste, como un lamento airado y roto. Después de quedarse afónico, intentó regar con sus lágrimas a la rosa muerta pero no logró efecto alguno. Miró la luz que emitía la ciudad cercana. Sus facciones dulces se crisparon, sus orejas se volvieron más largas, su nariz más grande y sus dientes más afilados. Las uñas de su manos se volvieron dagas y aumentó su tamaño hasta casi los 4 metros; el azul de sus ojos casi

desapareció por completo. Con gentileza recogió el cadáver de la rosa con una mano y se lanzó a correr como un animal en dirección a la ciudad.

Un rugido infernal se coló en los apartamentos de las gentes que se iban a dormir y una lluvia de gritos de pánico regó la ciudad. Manchas de sangre teñían las ventanas y ríos rojos inundaban las alfombras. El Troll reventó otra puerta más y entró en una casa; le recibió un hombre con una escopeta, le disparó a quemarropa, el ser protegió la rosa con su cuerpo, la bala le dio en el hombro pero apenas la sintió. Dejó la flor en el suelo y arrancó de las manos del cazador la escopeta y la lanzó por la ventana. Agarró al hombre por sus dos brazos y empezó a tirar hasta que partió el cuerpo en dos, tiró las dos mitades sobre el sofá. La madre intentó huir con su hijo pero de un golpe le rompió el cuello a la mujer. El niño se quedó conmocionado y empezó a llorar, llevaba una cantimplora colgada del cuello. El Troll cogió con su mano al niño por el torso y apretó y con la otra mano agarró su cabeza y tiró hasta arrancársela de la base de los hombros.

Un inmenso lago carmesí se formó a sus pies. El río de la sangre del niño llegó a la rosa negra que estaba en el suelo. La rosa palpitó y el Troll se quedó mirándola. Los pétalos negros volvieron a su esplendor pasado pero adquirieron un color rojo muy brillante. El Troll perdió de golpe toda la ira que sentía y solo se quedó con la pena, volvió en sí y comprendió todo lo que había hecho. Se puso de rodillas delante de la rosa y se puso a llorar desconsoladamente, cubriéndose la cara con sus grandes manos. La luz del sol se coló por la ventana rota y le acarició, sintió como si alguien le pusiera la mano sobre el hombro con amor. Se convirtió en piedra, sus lágrimas se volvieron perlas grises que caían por su rostro. Jamás volvió a caminar bajo la luz de la Luna.